

LA MISERICORDIA DE DIOS

2024

Meditación – día 13

Coloquios de Misericordia:

[53] **Coloquio.** Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio; cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto, mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo; y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere.

[61] **Coloquio.** Acabar con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor porque me a dado vida hasta agora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante. Pater noster.

[71] **Coloquio.** (...) y con esto darle gracias, porque no me ha dexado caer en ninguna destas, acabando mi vida. Asimismo, cómo hasta agora siempre a tenido de mí tanta piedad y misericordia, acabando con un Pater noster.

San Ignacio nos invita a tener presente la misericordia del Señor. El que triunfa es Dios y su misericordia, pero para eso necesitamos **orar**.

Enseñaba Juan Pablo II:

«A través de la oración, Dios se revela en primer lugar como Misericordia, es decir, como Amor que va al encuentro del hombre que sufre. Amor que sostiene, que levanta, que invita a la confianza. La victoria del bien en el mundo está unida de modo orgánico a esta verdad: un hombre que reza profesa esta verdad y, en cierto sentido, hace presente a Dios que es Amor misericordioso en medio del mundo»¹.

Ponerse en presencia de Dios

Oración preparatoria:

[46] **Pedir gracia a Dios Nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones se ordenen puramente al servicio y alabanza de su divina majestad.**

Historia:

Puede servir evocar la historia del hijo pródigo, la dragma perdida, la oveja perdida. **(Lc 15)**

¹ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la Esperanza*, 47.

Petición:

Conocer un poco más la Misericordia de Dios aplicada a nuestra vida. Sabernos perdonados por Dios, realmente perdonados, con todo lo que eso implica, y sacar fruto de eso.

CUERPO DE LA MEDITACIÓN**Qué es la Misericordia²**

No sería bueno ni verdadero lo que nos ofrece San Ignacio en los Ejercicios, si no presentase a un Dios infinitamente misericordioso. Pero ¿qué es la misericordia? Que responda Santo Tomás citando a San Agustín (después de la divina, ¿alguien podría unir dos autoridades mayores?):

Según dice San Agustín, «la misericordia es la compasión que experimenta nuestro corazón por la miseria ajena, por la que somos movidos/obligados (*compellimur*) a socorrerla si podemos”. Llámase misericordia porque uno tiene el corazón miserable por la miseria de otro»³.

O sea sentir como propio el mal del otro (*cor miserum*) y eso me mueve a socorrerlo.

Dos aspectos tiene, por tanto, la misericordia. Por un lado, el apiadarse, dolerse, hacer “miserable” nuestro corazón a causa del mal ajeno; y, por otro lado, tratar de poner remedio a ese mal.

Dice Santo Tomás que «Mostrarse misericordioso es considerado como lo propio de Dios, y en ello se manifiesta sobre todo su omnipotencia»⁴.

¿Por qué lo propio y donde más muestra su poder? Parecería ser porque no hay nada más contrario a Dios que el pecado. Al crear, por ejemplo, donde el poder de Dios parece desplegarse de una manera única, no hay nada que oponga resistencia; de hecho, la creación es “de la nada” (*ex nihilo*). Pero al perdonar, sí que hay un enemigo:

El pecado es el enemigo mortal del tres veces santo, de modo que el pecado y Él no pueden vivir juntos, y así como el Santísimo lanza de sí al pecado a las tinieblas; así también, si Dios pudiera no ser Dios, o ser menos que Dios, sería el pecado el que tendría la capacidad de hacerlo⁵.

Por eso, no hay miseria más grande que el pecado; y a mayor miseria, mayor misericordia. Por tanto, nada es tan digno de misericordia como el pecado, que es la peor de las miserias. Y nada ni nadie tiene en el mundo el poder de librarnos de los pecados, sino sólo Dios.

Oh inconcebible e insondable misericordia de Dios –escribía Santa Faustina Kowalska–, ¿quién te puede adorar y exaltar de modo digno? Oh sumo atributo de Dios omnipotente, tú eres la dulce esperanza de los pecadores”⁶.

² GUSTAVO LOMBARDO, *Peregrinando hacia la Santidad*, día 134, 14 de mayo, La Misericordia.

³ TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 30, a.1, co. La cita de S. Agustín: Cf. De Civitate Dei, 9, 5: PL 41, 261.

⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 30, a. 4, co.

⁵ A. HURTADO CRUCHAGA, s.I., *Un disparo a la eternidad*, 307.

⁶ SANTA FAUSTINA KOWALSKA, *Diario*, 951, ed. it. 2001, 341.

Día 168 – Una misericordia que nos sobrepasa⁷

17 de junio

Cuánta maldad haya en el pecado lo desconocemos; pero más aún desconocemos cuánta bondad hay en Dios, y cuánto deseo de perdonarnos. Comenta al respecto San Juan de Ávila:

Y es tanta la gana que esta suma Bondad tiene de destruir nuestra maldad, para que su hechura no quede destruida, que cuando quiera que el hombre quisiere, y cuantas veces quisiere, y de cuantas maldades hubiere hecho, si hace penitencia y pide al Señor que le perdone, está Él aparejado a nos recibir, perdonando lo que merecemos, sanando lo que enfermamos, enderezando lo que torcimos, y dándonos gracia para aborrecer lo que antes amábamos⁸.

Mucho más quiere Dios perdonarnos que nosotros recibir el perdón:

Todo término se te hace breve para librar al culpado. Porque ninguno deseó tanto alcanzar su perdón, cuanto Tú deseas darlo: y más descansas Tú con haber perdonado a los que deseas que vivan, que no el pecador con haber escapado de muerte.

Ese deseo de perdonarnos es el fundamento último de la Encarnación: «*No necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal. No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores*» (Lc 5,30-32). Y no tiene palabras más tiernas Dios para decirnos cuánto nos ama: «*¿Puede acaso una mujer olvidarse de su pequeñuelo, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ellas se olvidaren, yo no te olvidaría*» (Is 49, 15).

Así como aceptamos las verdades de fe, lo mismo también tenemos que aceptar la Misericordia sobretodo cuando se trata de nosotros. Mi falta de fé. Lo leemos en la Escritura, «cuanto dista el oriente del occidente», «cuanto dista el cielo de la tierra»... ¿con qué otras palabras nos puede decir Dios que nos perdona? ¿tenemos fe o no?. Es fácil decir “Yo te absuelvo” y creer que eso sucede, pero ¿también tenemos fe cuando recibimos ese perdón?. Sobretodo esa fe que enseñamos “Dios te perdonó. Ya está”. Se puede leer con mucho fruto el Salmo 50 de David. Hace falta mucha confianza en Dios. Confianza en que Él es más que nuestra miseria, confianza en que los méritos de la cruz de Cristo son sobreabundantísimos.

Textos del Diario espiritual de Santa Faustina:

«Quiero que los sacerdotes proclamen mi gran Misericordia. Quiero que los pecadores se acerquen a mí sin temor de ninguna clase. Las llamas de mi Misericordia me consumen. Ningún pecado, aunque sea un abismo de abyección, agotará mi Misericordia, pues cuanto más se bebe de ella más aumenta. Mi Corazón sufre, pues incluso las almas consagradas ignoran mi Misericordia, tratándome con desconfianza. ¡Cuánto me hiere la falta de confianza!».

«Yo soy Santo, y el menor de los pecados me horroriza. Pero cuando los pecadores se arrepienten, mi Misericordia no tiene límites... Los peores pecadores podrían convertirse en santos extraordinarios si confiaran en mi Misericordia... Mi Misericordia sólo puede alcanzarse con la copa de la confianza: cuanto mayor es la confianza más se obtiene... Para mí es una

⁷ GUSTAVO LOMBARDO, *Peregrinando hacia la santidad*.

⁸ JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, c. 86. Cita siguiente: *Ibid.*, c. 82.

alegría cuando los pecadores recurren a mi Misericordia. Entonces los colmo más allá de lo que esperan».

«En medio de una enorme luz, he visto el **abismo de mi nulidad**, y me he acurrucado en el Corazón de Jesús con tanta confianza que, **aunque hubiera tenido sobre mi conciencia todos los pecados de los condenados, no habría dudado de la divina Misericordia, sino que me habría precipitado, con corazón contrito, en el abismo de tu amor**, ¡Señor Jesús! Bien sé que no me habrías rechazado, sino que me habrías perdonado con la mediación de tu sacerdote».

Así que... ¡a confiar! Digamos con santa Teresita: «Se cansará Dios de probarme antes de que yo deje de confiar en Él». Y con santa Faustina quien, en una prueba de fe muy dura que sufrió durante dos años y medio, comenta que «Entonces me prosternaba ante el Santísimo Sacramento, repitiendo estas palabras: «¡Aunque me mates, tendré confianza en ti!».

Y con santa Teresa de Ávila:

«Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atórménme los demonios, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien sólo en Vos confía».

Nosotros no vamos a ser santos, ni vamos a hacer obras grandes si no llegamos a ser **humildes**.

Para ser santos llegamos por dos vías. O bien por la vía inmaculada, como Santa Teresita:

«Lo sé muy bien: “Al que poco se le perdona, poco ama”. Pero sé también que a mí Jesús me ha perdonado mucho más que a santa María Magdalena, pues me ha perdonado por adelantado, impidiéndome caer... Él quiere que yo le ame porque me ha perdonado, no mucho, sino todo».

(Que sin caer en pecado, con ésta convicción tan cierta llega a la humildad). O llegamos por ahí o llegamos por haber caído, pero hay que llegar a la humildad. Por eso tenemos que aprovechar nuestras infidelidades para llegar a Dios, para amarlo más. Solamente la Iglesia es capaz de cantarle al pecado «¡Feliz culpa! que mereció tan gran Redentor.».

Bien decía San Agustín **(Rm 8,28)** «Todo coopera para bien de los que aman a Dios», y él agrega «etiam peccata» también los pecados.

«No me acuerdo haberme hecho (el Señor) merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin»⁹. **(Santa Teresa)**

«Cuanto más afligida, despojada y humillada profundamente está el alma, más conquista, con la pureza, la capacidad para las alturas. La elevación de la que se hace capaz se mide por la profundidad del abismo en la que tiene sus raíces y sus cimientos»¹⁰. **(Santa Ángela de Foligno)**

«Sacaron la red con 153 peces. Los contaron ese día. Cristo les había recordado su misión original de ser “pescadores de hombres”. Implícitamente, además, había otra verdad: “Sin mí,

⁹ SANTA TERESA DE ÁVILA, *Vida* 22, 11.

¹⁰ SANTA ÁNGELA DE FOLIGNO, trad. de Helio, c. 19.

nada pueden hacer”... Nada. Antes de fortalecernos, El nos hace sentir lo vacíos que estamos»¹¹. **(Fulton Sheen)**

«No tenemos derecho a dejarnos acorralar por nuestro pasado: eso sería añadir un pecado más a los ya cometidos; sería una falta de confianza en la misericordia y el poder infinitos de Dios, que nos ama y está siempre dispuesto a ofrecernos una nueva oportunidad de alcanzar plenamente la santidad, sin que el pasado suponga jamás un impedimento. Cuando nos sentimos tentados por el abatimiento al considerar nuestro pasado y el escaso camino recorrido, es necesario hacer un gran acto de fe y de esperanza, como el siguiente:

Te doy gracias, Dios mío, por todo mi pasado; creo firmemente que, de cuanto he vivido, Tú podrás sacar un bien; no quiero tener ningún pesar y desde hoy me decido a recomenzar desde cero con exactamente la misma confianza que si toda mi historia pasada no estuviera hecha sino de fidelidad y santidad.

¡Nada podrá agradecer más a Dios que esta actitud!»¹². **(Jacques Philippe)**

«Entienda que para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más vil y miserable sea una, más idónea será para recibir las operaciones de este amor que consume y transforma... El solo deseo de ser víctima basta; pero es necesario consentir en quedar siempre pobres e impotentes. He aquí lo difícil, porque ¿Quién hallará el verdadero pobre de espíritu? Hay que buscarlo muy lejos, dice el autor de la Imitación de Cristo... Él no dice que tenga que buscarse entre las grandes almas, sino muy lejos, esto es, en la pequeñez, en la nada... Ah, quedemos pues, muy lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, amemos el no sentir nada; entonces seremos pobres de espíritu y Jesús vendrá a buscarnos por muy lejos que nos encontremos, Él nos transformará en llamas de Amor.

Yo miro siempre el lado bueno que tiene las cosas; en cambio hay quienes lo toman todo de manera que doblan la pena. Lo que es yo, hago todo lo contrario. Si solamente experimento dolor y el cielo está de tal manera obscuro que no descubra ni un rayo de luz, bien: Lo convierto en alegría». **(Santa Teresita del Niño Jesús)**

«¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del amor! Es cierto que se puede caer, que se pueden cometer infidelidades; pero el amor, haciéndolo todo de un sabor, consume con asombrosa rapidez todo lo que puede desagradar a Jesús, no dejando más que una paz humilde y profunda en el fondo del corazón»¹³. **(Santa Teresita del Niño Jesús)**

Cuando Caín dudó de la misericordia de Dios dice Scio, gran comentador de las Escrituras que ése pecado de desconfianza en Dios fue mucho mayor que el pecado de fratricidio. Pensemos en alguien que queremos mucho y que nos quiere mucho, en quien tenemos mucha confianza. Un familiar, una persona de la parroquia, un hijo espiritual, un superior, un padre, una madre. Y que desconfían de nosotros... ¡qué dolor! ¿no me conoce? ¿es capaz de pensar que yo le puedo hacer esto?! ¿O de pensar de que no pueda hacerse este favor? ¿no me conoce?. ¡Que le hagamos eso a Dios! Desconfiar de Dios, de su poder. ¿no lo conocemos? ¿no conocemos el amor de Jesús? Lo tenemos tan cerca... pero no lo conocemos... Y a veces justamente Dios permite, para conocerlo más, para gustar su amor

¹¹ F. J. SHEEN, *Tesoro en vasija de barro*, Logos, Rosario 2015, 127.

¹² JACQUES PHILIPPE, *La libertad interior*.

¹³ *Rev Dialogo* 80, p 160 - SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, discípula de san Juan de la Cruz; por André Bord.

tener que caer, y desde el fondo de nuestra nada y nuestra miseria suplicarle su perdón, y ahí entender entonces cuánta paz es el perdonarnos y hacernos santos. Nó solo nos perdona sino que nos quiere santos.

¿Tenemos fe o no tenemos fe? ¿creemos que Dios es realmente Dios? infinitamente poderoso? Y que, por más terrible que sea nuestro pecado, nada puede con la infinitud de Dios? ¿o nos mantenemos en un “sí, creo, pero...”? y en ese “pero” se nos va la vida, se nos va la santidad y se nos van las almas que podríamos haber salvado si hubiéramos confiado más en Dios, si hubiésemos sido más pequeños.

Terminamos con algo de la Santísima Virgen de San Maximiliano Kolbe:

Una carta de San Maximiliano María Kolbe para encuadrar...

«Muy queridos hijos (...):

Escribiéndoos en japonés y demostrándoos que soy capaz de expresarme en esta lengua, me he dejado llevar por un gesto de vanidad. Enseguida he sentido que se afloja mi lazo con la Inmaculada y al sentarme delante de su estatua he creído que me miraba con reproche ¡y hasta con cólera!

Hijos míos muy amados: no deis jamás paso a ese sentimiento. Cuando os sintáis culpables, aunque sea de un pecado grave, plenamente consciente y repetido, no os dejéis arrastrar por el desaliento. Confiaos a María, contadle vuestra falta, sin examinarla, sin analizarla (...).

Toda falta, aunque sea grave y repetida, solo debe suponer para nosotros un nuevo escalón hacia una perfección mayor. Efectivamente, la Inmaculada nos permite caer para curarnos del amor propio, del orgullo, para dirigirnos hacia la humildad, que nos hace más dóciles a la gracia divina. En tales circunstancias, el diablo, por el contrario, busca que se insinúe en nosotros la falta de confianza y el desaliento, que no son otra cosa que una nueva manifestación de orgullo. Si fuéramos plenamente conscientes de nuestra miseria, no nos asombrarían nuestras faltas, sino el hecho de no haber caído aún más bajo y con mayor frecuencia... por lo que daríamos gracias a Dios. Sin la gracia divina y la misericordiosa ayuda de María, no existe pecado que no seamos capaces de cometer.

Dicho esto, no deseemos sentir continuamente la dulzura de la devoción a María; eso sería glotonería espiritual»¹⁴.

No podemos estar en mejores manos que en las de nuestra madre. Confiados a Ella entonces vayamos una y otra vez a pedir ese perdón al Señor con esa confianza, ese sentirnos como el hijo pródigo a la casa del Padre restituidos de nuestra dignidad y con la felicidad increíble de no poder entender cuán bueno es el Señor. «Prueben qué bueno es el Señor».

¡Ave María y adelante!

¹⁴ En: ANDRÉ FORSSARD, No olvidéis el amor, La pasión de Maximiliano Kolbe, Ediciones Palabra, Madrid 2010⁶, 107-108.